

Un sensacional Talavante, a hombros en Valencia

Viernes, 16/03/2007 18:34 (CET)

CARLOS BUENO -

Valencia

No puede ser. Una y otra vez nos frotábamos los ojos. Pues parece que sí, que dos cuerpos son sólo uno. Ni terrenos de toro ni terrenos del torero; terrenos de 'tororeo', es decir, terrenos de una única masa que formaban hombre y animal fundidos cual funden los humos de dos cigarrillos. Parecía que no había espacio para que el toro pasase pero pasaba. Y **Talavante** se quedaba impertérrito como si nada. No rectificaba, no movía una pestaña, simplemente corría la mano.

Se abrió de capa ante su primero y dibujó unas ceñidas y acompasadas verónicas, nada comparable al ajustadísimo quite por chicuelinas, preámbulo de lo que íbamos a ver en la faena de muleta. Inició su quehacer en el mismo centro del platillo, por estatuarios, y siguió al natural, y luego en redondo, todo bajo el común denominador del valor intenso. Más ceñido imposible, más quieto no se puede. O no tiene sangre o no aprecia la vida o quiere ser torero por encima de todas las cosas.

Lo cierto es que fue todo emocionante, más que limpio emocionante. No importaron algunos enganchones, sólo importó la emoción que transmitió su toreo. Al toro le costaba humillar, pero al torero le daba lo mismo, él seguía toreándolo como si se emplease hasta el final. Hubo ¡ays!, quizá más que olés. Hubo entrega y verdad, hubo ceñimiento extremo, y esa fórmula se cotiza.

Su segundo permitió que torease más despacio, también tuvo que tragar más, aunque no pareció importarle. En algún momento se quedó metido literalmente entre los pitones aguantando parones y miradas sin cambiar el semblante. Lo dicho, o no tiene sangre o ... Lástima que luego fallase con el verdugillo.

Morante no estuvo a gusto en ningún momento con sus deslucidos antagonistas. Su primero no tenía apenas recorrido y estuvo a la defensiva desde antes de coger la muleta. El sevillano lo despachó enseguida.

Hizo un esfuerzo frente al quinto, al que lidió en el tercio de banderillas intentando cuidarlo al máximo. Luego fue un quiero y no puedo, porque querer quiso, pero el toro se metía por dentro a partir del tercer muletazo y Morante también tuvo que despacharlo sin más lucimiento.

En el último toro de la corrida, consentido por Talavante y pues no era su turno de quites, regaló dos sabrosas chicuelinas y una media, aunque antes un banderillero había intentado llevarse al toro para que no hiciese el quite. Fue uno de los momentos calientes del festejo con parte del público a favor y otros en contra. Lo que siempre fue la Fiesta.

Una oreja se llevó **Vicente Barrera** tras firmar dos magníficas tandas de rechazos con su particular personalidad. Quietud, verticalidad y ligazón. Con el cuarto no pudo redondear su actuación, pues el animal era muy blando y dobló las manos en demasiadas ocasiones para que se le tuviese en cuenta el esfuerzo.